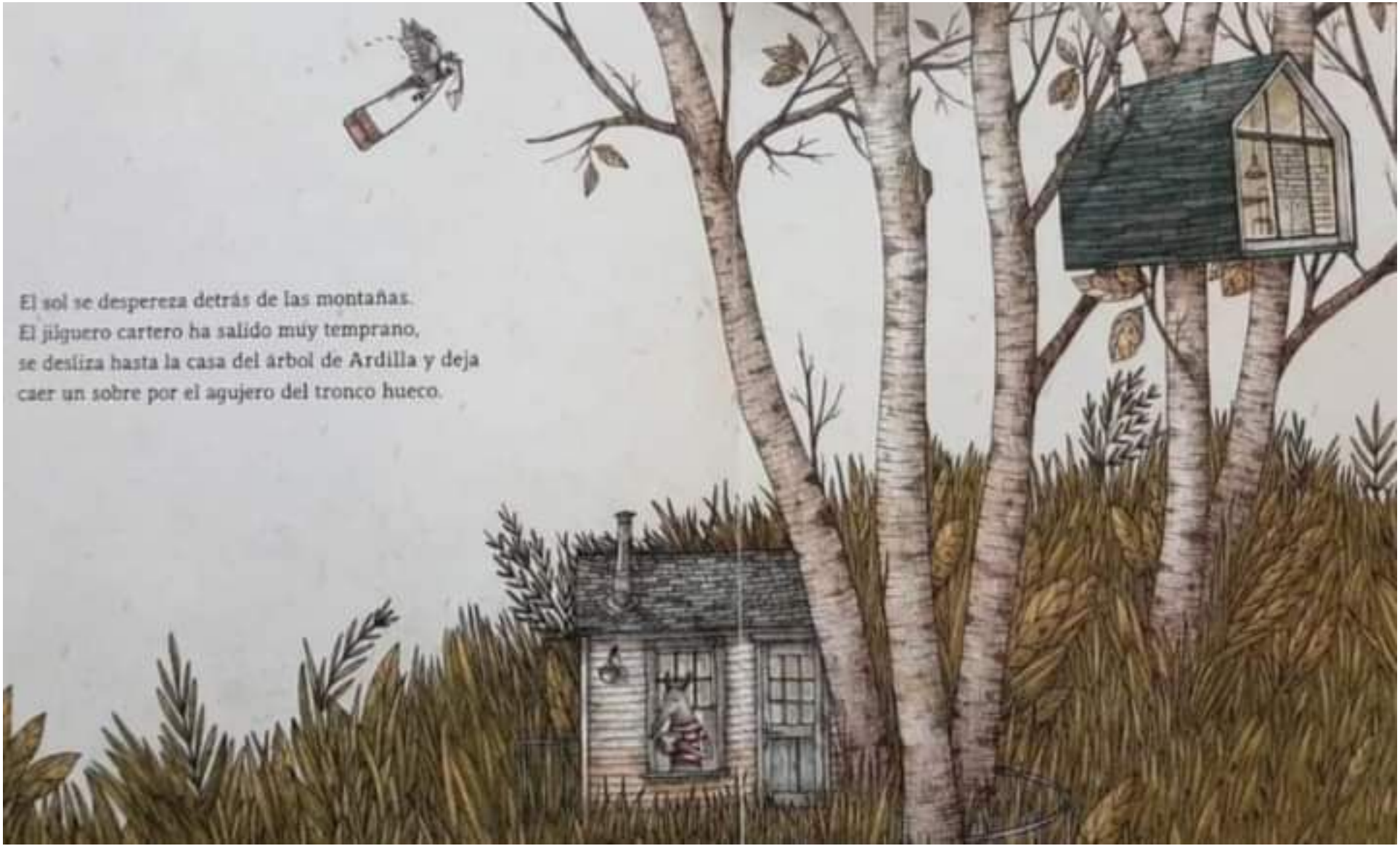

El momento perfecto
Susanna Isern
Marco Somà
Edicions
la fragatina



El sol se despereza detrás de las montañas.
El jilguero cartero ha salido muy temprano,
se desliza hasta la casa del árbol de Ardilla y deja
caer un sobre por el agujero del tronco hueco.


Cuando Ardilla se despierta
ya es completamente de día.
Se levanta entre bostezos
y comienza a preparar el desayuno.
En la taza de las avellanas
se encuentra el misterioso sobre.



Ardilla lee la carta, abre los ojos como castañas y, de un bote, corre a arreglarse. Está tan nerviosa que sale de casa vestida un poco rara, con los zapatos puestos del revés y con la mochila abierta colgando de la espalda.

Ardilla avanza tan rápido como le permiten sus patitas, pero al cruzar por un campo, Ciervo la detiene:
–Qué suerte encontrarte, Ardilla. ¿Me ayudás a decorar mi cornamenta con estas flores? He quedado con Cierva, es el momento perfecto.
–Tengo un poco de prisa, pero supongo que no vendrá de un minuto –dice Ardilla sin poder negarse.

Ardilla ayuda a Ciervo y emprende veloz su camino.





Sentada junto al río, Tortuga teje entusiasmada.
-No pases de largo, Ardilla. ¿Podrías ir a buscarme una madeja de lana a casa de Oveja? Necesito acabar cuanto antes esta manta y yo soy demasiado lenta. Has llegado en el momento perfecto.
-De acuerdo, iré en un periquete -acepta Ardilla mirando de reojo su reloj.

Ardilla va a buscar el ovillo para Tortuga y sigue rauda hacia su destino.



Encaramado en las ramas de un árbol,
Oso hace peligrosos equilibrios.
–¡Disculpa, amiga Ardilla! La colmena está
demasiado alta, ¿me ayudas a alcanzarla?
Me gustaría recolectar miel, es el momento perfecto.
–Lo haré en un visto y no visto –accede Ardilla.

Tras ayudar a Oso, Ardilla parte a la carrera.



En el camino se encuentra a Erizo fatigado.
–¡Necesito un favor, Ardilla! No consigo quitar estos melocotones de entre mis púas. Ya están bastante maduros, es el momento perfecto.
–No te preocupes, los quitaré en un abrir y cerrar de ojos –se ofrece Ardilla aunque va justa de tiempo.

Ardilla desprende los melocotones de la espalda de Erizo y sale pitando.

Va pasando el día y, a pesar de las prisas,
Ardilla ayuda a los animales del bosque
que la necesitan: al lobo, a la marmota,
al zorro, al hurón, a las ranas, a los peces del río...





El sol se esconde detrás de las montañas.
-¡Por todas las avellanas del bosque, es tardísimo! Seguro que llego en mal momento... -piensa preocupada mientras avanza.

Al final del sendero puede ver la luz encendida de la madriguera. Ya casi ha llegado. Pero, de pronto, se acuerda de algo que la paraliza.


–¿Cómo he podido olvidarlo? –se echa las manos
a la cabeza–. En estos casos siempre se lleva
un bonito regalo –recuerda nerviosa mientras mete
la mano en la mochila, aun sabiendo que allí
no encontrará nada.



Inexplicablemente comienzan a salir cosas de la mochila:
un ramillete de flores, una bufanda calentita, un tarrito de miel,
un melocotón en su punto... Ardilla no cabe en sí de la emoción.

A lo largo del día, agradecidos por su ayuda, los animales del bosque
han ido metiendo obsequios en la mochila abierta de Ardilla que,
con las prisas, ni siquiera se ha dado cuenta.



Ardilla llama a la puerta de la madriguera temblorosa.
–¡Adelante! –se oye desde el otro lado.

Su buena amiga Liebre se encuentra tumbada en la cama.
A su alrededor se adivinan las cabecitas de sus preciosas crías
recién nacidas.
–Siento llegar tarde –titubea Ardilla emocionada ante
la preciosa imagen.
–Acabamos de despertarnos –sonríe Liebre–.
Llegas en el momento perfecto.